

BOLETÍN
de la
Oficina Sanitaria Panamericana
{REVISTA MENSUAL}

♦

AVISO.—Aunque por de contado desplégase el mayor cuidado en la selección de los trabajos publicados in toto o compendiados, sólo los autores son solidarios de las opiniones vertidas, a menos que conste explícitamente lo contrario

Año 12

AGOSTO de 1933

No. 8

**HIPÓLITO UNANUE, EL PRIMER MÉDICO SOCIÓ-
LOGO DE AMÉRICA***

EN EL PRIMER CENTENARIO DE SU MUERTE

NOTICIAS SOBRE SU VIDA

Por el Dr. CARLOS ENRIQUE PAZ SOLDÁN

Director de Honor de la Oficina Sanitaria Panamericana, Miembro de las Academias de Medicina de Lima, Roma, Río de Janeiro, Habana, Caracas, Bogotá, y de las Sociedades Médicas de São Paulo, Montevideo y otras

Yo, D. Gerónimo Villafuerte, Eseribano público y uno de los de número de esta ciudad: Certifico, doy fé y público testimonio: que hoy día de la fecha ví muerto naturalmente y pasado de la vida presente a la eterna, a lo que me pareció, al Sr. Dr. D. José Hipólito Unanue, Ministro de Estado jubilado y Benemérito de la Patria, el mismo que el 1° de octubre del año pasado 1831 otorgó ante mí su poder para testar y última voluntad, del frente y a cuyo margen esto escribo: cuyo cadáver estaba amortajado con una mortaja azul de nuestro Padre San Francisco, tenido en un cajón el cual estaba rodeado de velas encendidas y tapado con un paño de terciopelo negro, y para que conste y obre los efectos de que hubiere lugar, firmo la presente que signo en Lima y julio 15 de 1833.

Recordar al siglo justo de este acontecimiento, que es la ley universal de todo lo creado, esta fé de muerte, es por sí sólo evidencia de que el hombre que así pasó por la vida supo vivir esa existencia superior que son las acciones gloriosas y las labores fecundas. Y es la verdad. Hipólito Unanue puede ser considerado uno de los más

*Por haber llegado demasiado tarde para nuestro número de julio, aparece en éste el artículo dedicado a Unanue por el Director de Honor de la Oficina Sanitaria Panamericana y compatriota del ilustre promédico peruano.

puros valores de nuestra América. En esa hora indecisa todavía, en que estos pueblos recién si comenzaban a sentir las primeras inquietudes de la libre determinación de sus destinos, Unanue fué un vidente, un anticipado que dió a las nacientes patrias ese tesoro, jamás inexhausto, del saber y de la ciencia.

Por eso el Perú, en las horas de evolución que está viviendo, no sin dolores, se torna hacía su ayer, para reverenciar la memoria de uno de los suyos que supo avizorar en la inmensidad del porvenir, nuevos rumbos de acción y de cultura.

Unanue, en efecto, fué el creador de la enseñanza médica en el continente americano que habla español. A las viejas pragmáticas, más formales que efectivas y con contenido real, que crearon las leyes de España, con sus protomédicos, sus cátedras de vísperas y de prima de medicina y sus doctores de anillo, Unanue sustituyó un nuevo concepto de la educación médica, tomando sus inspiraciones de las sabias enseñanzas que dimanaban, no tanto de la Península, cuanto de las escuelas médicas que por entonces sacudían el yugo de Boerhaave y con Cullen trazaban el camino a las modernas tendencias del arte de Hipócrates.

Reproducimos de un estudio nuestro esta página que traza mejor que cualquier improvisación que ahora hiciéramos, el retrato espiritual del que sin hipérbole podría ser llamado el "Padre de la Medicina Americana."

La aparición de Hipólito Unanue en el escenario médico nacional debe ser considerada uno de los acontecimientos máximos de nuestra evolución científica. Hombre elegido y predestinado, trajo consigo, desde la cuna, un destino de creación. A Unanue hay que considerarlo como el exponente más puro del progreso autóctono de América. Con justicia y acierto se le ha escogido para representar *la peruanidad*, haciendo que en mármol, presida desde el Palacio de Carnegie las labores de la Unión Panamericana de Wáshington.

Cuando surge en nuestro ambiente colonial y se diploma de médico y luego de doctor en medicina, allá por el mes de enero de 1786, y tres años más tarde vence a Miguel Tafur en un famoso concurso que le convirtió en profesor de anatomía y en esta vía alcanza su primer éxito concreto fundando el Anfiteatro Anatómico, cuya erección e inauguración le permitió escribir esa Carta Magna de la Escuela Médica Peruana que es su discurso de 21 de noviembre de 1792, y sin sentirse cansado por estos triunfos, ni descorazonado por la lentitud con que se incorporaban sus generosas ideas en el espíritu público, prosigue impertérrito, su apostolado hasta alzar, en 1811, la escuela soñada desde un tercio de siglo atrás, se tiene la impresión de una fuerza providencial y misteriosa encargada de realizar la obra perdurable de poner los cimientos eternos de nuestra Escuela Médica.

Contemplado como creador de los estudios científicos de la medicina en el Perú, primer país de América que realizó este progreso, Unanue cobra la significación sobrenatural de una predestinación hecha carne, que armoniosamente cumple con su destino y que con implacable fortaleza modela, perfeccionándola, en todas las complejas situaciones que le brindó su larga existencia proficua, su obra docente, que si múltiple por sus fulguraciones, una es por su diamantina unidad mental. Como aquel Morro de Arica que abrigó su cuna, el pensamiento de Unanue no conoció más dimensión que la vertical, con sus ansias de elevación.

Por esto, para llegar a comprender a Unanue hay que considerarlo como un todo, abrazándolo en su compleja unidad múltiple.

Para llegar a tal síntesis es indispensable concebir a Unanue como lo que efectivamente fué: El Primer Médico Sociólogo Americano, precursor afortunado de esta tendencia contemporánea de la medicina y realizador de ideales médico-sociales que adivinó con intuición genial y para cuyo servicio vivió, tenazmente, medio siglo de creación continua!

Así mirado: cuando ejerce privadamente su ministerio de práctico y se erige en el médico de los hogares de Lima; cuando su fervor por el progreso de su arte lo convierte en el maestro que habría de crear una enseñanza hasta entonces inexistente; cuando sus éxitos clínicos le dan influencia sobre virreyes y oidores, y dignatarios eclesiásticos y nobles de su tiempo; cuando alcanza las consagraciones inevitables de la política, que hambrienta de sus dones, va a buscarlo con sus promesas y halagos; cuando pisa, con la emoción que es de suponer, los aposentos reales de Madrid y recibe del monarca las máximas concesiones y gracias; cuando ganado a la causa de la emancipación presta servicios decisivos a los que querían una América libre y soberana; cuando, por último, después de haber hollado todas las cumbres y de haber asistido al espectáculo múltiple de los hombres en todas circunstancias y de haber sentido las desilusiones que reserva la vida para los espíritus realmente superiores, se retira a la dulcedumbre de su hogar, Unanue es siempre el mismo: *un médico sociólogo* que sueña con los progresos de su patria, asentados en la felicidad social y biológica de sus habitantes. Se diría que nadie mejor que él vivió apasionadamente esa su sentencia que debería esculpirse en el dintel de nuestra Escuela Médica: "La verdadera piedad, gloria y honor consisten, para el médico, en mirar por la salud del pueblo poniendo a ella, las inclinaciones y las utilidades propias."

Hay todavía otros aspectos de la obra de Unanue que impresionan por su nobilísima preocupación médicosocial. La protección de la infancia; la organización hospitalaria concluidas las cofradías caritativas de la Colonia, dando para ello vida a la Dirección de Beneficencia como capítulo importante de la obra política del nuevo Estado, esbozo de los modernos Ministerios de Bienestar Social; la dación de la primera ley orgánica de la sanidad pública, que dictó mientras se expedía el Código de Sanidad; sus estudios sobre "El Clima de Lima," primer "survey" tal vez de una capital americana y por último su intervención en el modelamiento económico y hacendario del Perú apenas salido de la lobreguez colonial, son otros tantos títulos de honra que imponen mirar el sepulcro del Primer Médico Sociólogo Americano como un altar digno de todas las reverencias.

Al bosquejar tan lacónicamente esta vida en el BOLETÍN de la Oficina Sanitaria Panamericana, séanos permitido recordar que Unanue, compañero de José María Pando, en el Consejo de Gobierno que auspició las ideas a las que Bolívar prestó su genial apoyo, de reunir una especie de Liga Anfictiónica en Panamá, fué un vidente del americanismo intelectual y jamás miró a las patrias brotadas del despedazamiento del poder hispánico, como naciones capaces de sentirse extrañas y hostiles sino como una magnífica familia de pueblos en marcha hacia un porvenir de unión, de paz y de progreso.